

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

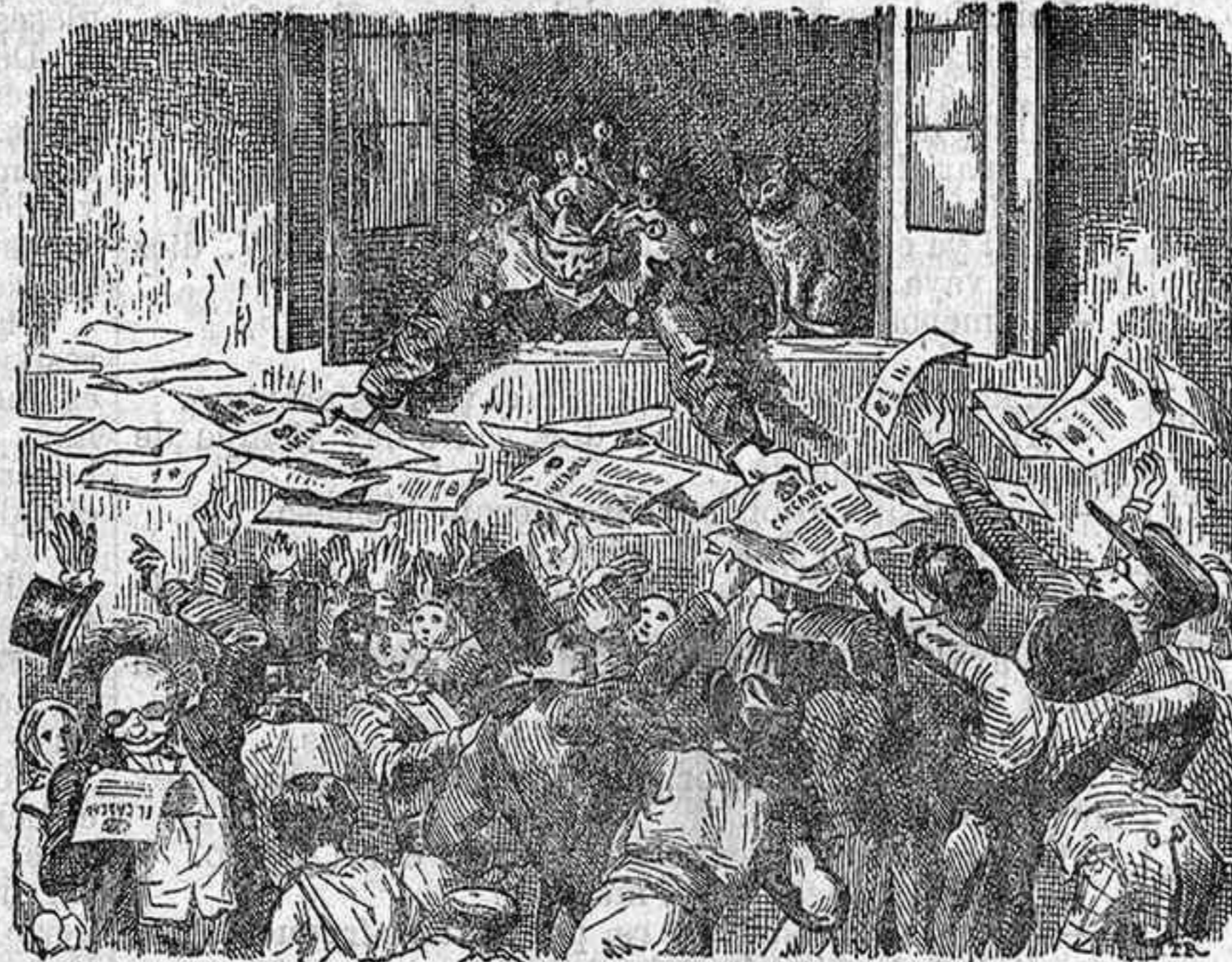
CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REVISTA SEMANAL.

Bien ageno estaba El CASCABEL hace ocho días de que, al mismo tiempo que recomendaba á VV. el recogimiento y la oracion, se preparaba un jaleito en Madrid, promovido por no sé quién con el pretexto de una serenata.

Parecía al Gobierno, poco previsora y algo torpe, que, suprimiendo la música, quedaba suprimido el pretexto; pero no fué así, porque los que habían ido á oír la música quisieron á toda costa oír y hacer oír algo, y ya que la música no sonó, ellos se encargaron de *armarla*, y aprovechando la circunstancia de verificarse un concierto en el Real Conservatorio,—por lo que se ve que la noche del 9 de abril de este año ha sido eminentemente musical,—quisieron dar otro *des-concierto* en la calle....

Y, siguiendo la música, en cuanto el Gobierno supo que había concierto para promover un *des-concierto*, se conoce que dijo:—«Para *des-concierto*, aquí estoy yo.»

Y en efecto, allí estaba él, el Gobierno, todo des-concertado desde por la mañana, autorizando la música primero, prohibiendo la música despues, y preparando, sin querer, el des-concierto.

Y comenzó la funcion. Los estudiantes de la Universidad, que son tan hombres políticos como el primero, comenzaron el concierto cantando unos el himno de Riego, otros la marcha de la manolera de *Pan y toros*, con acompañamiento de carcajadas, voces y silbidos....

Como la entrada en el concierto era gratuita, y á nadie se preguntaba quién era, ni de dónde ni á qué venia, tomaron parte en la fiesta otras personas menos *estudiosas* que gritaban buenamente ¡*Viva!* ó ¡*Muera!* como la revolucion nos enseña, lo cual daba á la fiesta verdadero carácter de motin y asonada.

Todo este *concierto* se dirigió á la Puerta del Sol, al sitio consagrado por la tradicion para dar comienzo á todos los jaleos, y ocupando los músicos y cantantes, coristas y *comparsas* las aceras, se dió comienzo á la segunda parte de la funcion.

Respecto de esta segunda parte, El CASCABEL no dirá una palabra, porque ya han dicho más de una y más de dos los periódicos ministeriales, siempre exajerando un poquito las cosas para dar más interés al relato.

Lo cierto es que en provincias habrán creído, al recibir la noticia, que en Madrid estábamos comiéndonos unos á otros, cosa que, á la verdad, hacemos todo el año y toda la vida sin que haya motines y asonadas.

El domingo salió El CASCABEL por esas calles, y esto contuvo la continuacion de la bromita; además, salió á pié el Presidente del Consejo de

ministros, y por cierto que, segun dice un periódico, no faltó quien le manifestara sus *simpatias*....

El lunes se dió la segunda funcion de la temporada con tanta ó mayor concurrencia que la primera, y con muerte de algunas personas y heridas y contusiones de otras.

El CASCABEL, ageno á las luchas de los partidos políticos, completamente independiente y exento de los odios y las pasiones de los unos y los otros, lamenta profundamente estos sucesos, los lamenta por el Gobierno y por el país, que es el que siempre sufre, y se atreve á dar al primero un consejo.

Resigne en otras manos el poder el general Narvaez, convencido, como debe estar, de que se le han de presentar muchos conflictos.

De uno nace otro.

Quizás otro Gobierno,—aunque difícilillo es saber cuál,— pueda evitar los peligros que nos amenazan.

Para esto no se necesitaria acaso más que un poco de abnegacion, otro poco de generosidad y mucha prudencia y templanza.

Considere el Gobierno el estado de alarma en que se halla el país, y considere en qué momento surgen esta alarma, esta intranquilidad, esta paralización del comercio y de la industria, cuando están agotados los recursos, cuando Cataluña, Valencia y otras provincias sufren las consecuencias de desgracias de vária índole.

Empeñarse en dominar esta situacion con el actual Gobierno, es una temeridad en que no incurrirá el general Narvaez, á quien no queremos ni podemos juzgar tan severamente como los periódicos de partido, porque El CASCABEL no tiene otro partido ni otras aspiraciones que defender, que el de la paz y la concordia entre todos, y las del pueblo sensato y contribuyente que vive de su honroso trabajo, y solo de su trabajo.

Tambien á los hombres de partido, á los periódicos que, con más ó menos violencia, hacen la oposicion al actual Gobierno, les recomendamos, si tuviéramos los títulos que nos faltan para esperar que fuese oído y atendido nuestro consejo, la mayor prudencia, teniendo en cuenta, como tendrán, que lo importante, lo primero que hay que procurar es que no se altere el orden, que no se ensangrienten otra vez las calles de Madrid, que no se repitan dolorosísimas escenas, que dejan luego eterno llanto y dolor eterno en honradas familias.—En este país clásico de la hidalguía, el honor y la generosidad, no debemos tomar ejemplo de ningun otro, no debemos imitar á ninguno.... Siga cada cual el impulso de su corazon, que con ser español basta para que sea generoso, y seguros estamos de que entónces todos nos llamaremos hermanos, antes que amigos ó enemigos.

En los últimos tristes sucesos han perenido

varias personas pacíficas é indefensas que no hostilizaban á las tropas y se retiraban á sus casas.

¿Qué dirán de la política las honradas familias de esos desgraciados?...

¿Qué dirán del Gobierno?...

¿Qué dirán de estas miserias de odios y pasiones, y soberbias y vanidades en que estamos envueltos?...

Retírese, retírese pronto este Gobierno, que tendrá buena intencion, pero que ya está señalado por la mano de la fatalidad.

Solo los que gobiernan, á quienes ciegan las galas y emolumentos del poder, las sonrisas y los plácemes y lisonjas de los aduladores, y el maldito amor propio que se apodera de todo el que se cree más que los demás, podrán figurarse que este Gobierno puede continuar y prevenir y remediar los conflictos que se le originan.

Triste es decirlo, pero lo que El CASCABEL desea no sucederá; ni el Gobierno, dando una prueba de cordura, resignará el poder en más afortunadas manos, ni cesarán las intransigencias ni las exageraciones de los unos y de los otros.

Los neos tiran de la cuerda por un lado; los unionistas tiran por otro; el centro parlamentario tira tambien; los moderados puros tiran; tiran los impuros, ó sean los polacos; tiran los progresistas unidos á los demócratas; entre todos hacen un nudo con el que aprietan al país, y cuando la cuerda se rompa quedará el nudo.... ¿Quién lo cortará?

Problema es este que no ha de resolver El CASCABEL.

Y aquí hacemos hoy punto.

Hoy no es ocasion de reir; es ocasion de llorar y de pedir á Dios que no nos deje de su mano.

UN FRÁ QUE VALE POR TRES.

—Señor Gonzalez, aquí tiene V. ya el frá.
 —¡Ah! gracias, maestro.... Ya lo esperaba yo con impaciencia, porque justamente tengo que ir hoy á una reunion.... ¡A ver qué tal me está!....
 —Le está á V. que ni pintado.
 —Gracias, maestro; en este momento no he realizado todavia algunos fondos, pero dentro de pocos dias tendrá V. su dinero....
 —Bien, bien, señor don Eduardo, á V. se le puede fiar.
 —Pues señor, estoy muy contento. Por fin ya puedo presentarme en la reunion del capitalista M.... No podia ya pasar sin el frá; tenia que escusarme de ir á todas partes, porque no habia de ir con gaban. Y es cosa lastimosa no poder ir donde se come y se cena bien y se fuman buenos cigarros, sobre todo cuando, como yo en este momento, no se tiene un cuarto.—La verdad es que con este frá parecezco un personaje.—Con este frá fácilmente encuentro yo una novia que me traiga treinta ó cuarenta mil duros de dote; entónces pagaré al sastre, y á él le deberé mi buena fortuna, ó á lo ménos al frá que me ha hecho.

Eduardo se contempla en el espejo largo rato, admirándose de su buen talle, y sobre todo de lo bien que le está el frá.

—¿Qué es eso, patrona?
—Una carta que han traído para V.
—¿Quién me escribirá á mi?... ¡Si se habrá muerto mi tío y me avisará que me deja su fortuna?
Abre la carta y lee.
—¡Calle! pues si es de Teresa, de mi amada Teresa, que me escribe que tiene una urgencia... ¡Pobrecilla!... me dice que su hermana está empeñada, ¡ya lo creo! y que ella no lo está, porque ya no tiene que empeñar... El casero las ha citadas, ¡qué brutal!... y el de la tienda no las fia, ¡qué bárbaro! y el sastre no las paga los chalecos y los pantalones que le hacen más que á dos pesetas cada prenda, ¡qué animal!... La pobre me pide doscientos reales... Casi casi yo no puedo prescindir de dárselos... Pero si no los tengo... No importa, hay que buscarlos... El caso es que estamos á 11, y hasta el 31 no cobro yo los treinta duros que me da el Gobierno... ¡Ah! ¡qué idea! empeñar el frá... lo venderé, si es preciso... Teresa me dice que necesita el dinero para mañana... Quiere decir que hoy me pondré el frá y haré con él algunas visitas... y esta noche iré á la reunión del capitalista M... Llevaré tarjetas por si encuentro á alguna de las señoras en casa... ¿Dónde las llevaré?... ¡Ah! en el bolsillo del frá...

—¿Conque no admite V. empeñado el frá, doña Dolores?...
—Nó, señor, nó; si quiere V. venderlo, se lo tomaré á V... Crea V. que la ropa no nos tiene cuenta... En lo que se gana algo únicamente es en las alhajas...
—¿Y cuánto me da V. por él?
—Ya ve V... los tiempos están malos... Dicen si va á haber ó nó... Le daré á V. ocho duros.
—¡Doña Dolores! ¡Doña Dolores!... si me ha costado veintiocho.
—Sí, pero ya está usado.
—Sólo me lo he puesto un día...
—Mire V., las ropas pierden mucho, tienen muy poca salida... ¿No ve V. que ahora están las prendas de balde en las roperías?
—¡Vaya! déme V. siquiera quince duros...
—Once le doy á V., y bien puede V. decir que quiero servirle.
—Corriente; tome V...—Quiere decir que diez duros para Teresa y uno para mí.

Una hora despues, doña Dolores entra en casa del sastre que hizo el frá de don Eduardo.
—¿Qué trae V. por aquí, doña Dolores?
—Un frá nuevecito.
—¡A ver! ¡A ver!... Pues es verdad... ¡Calle! este frá lo he hecho yo... Y es el que le hice á don Eduardo...
—Como que él es quien me lo ha vendido; se conoce que el pobre tenía hoy un apuro... Se lo dejo á V. por diez y seis duros...
—¡Caramba!...
—Quince he dado por él... Buen negocio hace V., amigo... Todas las prendas que me compra V. las vendo luego como nuevas... Les da V. una mano de cepillo y dos ó tres planchazos, y como es V. un sastre tan nombrado, nadie sospecha los enjuagues que hace V...
—Bueno, bueno, tome V. trece duros, que lo menos gana V. cuatro...

Al fin del mes, don Eduardo tiene que ir á una reunión donde concurre una niña rica que en el paseo de la Fuente Castellana le mira con mucha insistencia, por lo que considera que está la pobre muerta por él. Tiene algun dinero don Eduardo, y envía á decir á su sastre que necesita un frá...
El sastre se lo lleva.
—¿Me estará tan bien como el otro?
—Sí, señor; es la misma medida.
—Me parece más ancho.
—Nó, señor, nó; es enteramente igual al otro... Pronto lo ha destrozado V...
—¡Hombre! se lo di á un amigo que tenía que ir á ver á Gonzalez Bravo para ver si lo hacia delegado regio... luego se fué con él no sé dónde y le echó una mancha de aceite... No se lo he querido admitir.
—Bien hecho.
—Este se lo pagaré á V. al mismo tiempo que el otro... Mi tío está muy malo, ¡pobrecillo! y el mejor día me va á dar un disgusto... Lo menos me dejará veinte mil duros.
—Bien, bien; ya sé que la cuenta de V. la cobrará al fin...

Váse el sastre. Don Eduardo se contempla al espejo, mete la mano en el bolsillo del frá, al tomar una actitud coquetona, y saca dos ó tres tarjetas.
—¡Canario! ¡tarjetas mías! Este frá es el mismo que le vendí á doña Dolores, no hay duda. Doña Dolores y el sastre se conoce que hacen juntos el comercio... ¡Un frá usado que el sastre me hará pagar como nuevo!... En fin, lo que es usado no está, porque sólo lo he llevado un día...

En la reunión á que asiste don Eduardo se juega largo y tendido.
Don Eduardo juega y pierde más de lo que lleva y más de lo que tiene en casa, que no tiene ya un cuarto. Como una deuda de juego se paga en las veinticuatro horas siguientes, don Eduardo tiene que reunir dinero para pagar.
El frá vuelve á casa de doña Dolores, llevado por su dueño.
—¿Me dará V. otra vez los doscientos veinte reales por este frá?
—Nó, señor, porque ya está muy usado.
—No me lo he puesto cuatro veces.
—Le doy á V. ocho duros, porque es V. parroquiano, pero le aseguro á V. que pierdo dinero.

—Corriente!... Con los ocho duros completo la cantidad que tengo que pagar.

Doña Dolores corre á casa del sastre con el frá envuelto en un pañuelo.
—¿Qué ganga me trae V. hoy?...
—El frá del otro día.
—¡Canario! ¡otra vez?...
—Se lo dejo á V. en los mismos trece duros...
—¡Cál ya está muy ajado este frá... Tome V. diez duros y vaya V. con Dios.
—Lo menos le ha de valer á V. veinte duros.

—Maestro, necesito un frá para el viernes próximo.
—¡Hombre! ¡un frá en tres días!... No hay tiempo de hacerlo, don Eduardo.
—Lo necesito absolutamente, porque me caso.
—¡Hombre! por muchos años.
—Me caso con una jóven que tiene diez mil duros de dote.
—¡Vaya! sea enhorabuena, don Eduardo. A ver si sienta V. la cabeza.
—Ahora pagaré á V. este frá y los otros dos.
—Me hará V. un favor, porque, francamente, estoy muy escaso de dinero.
Cuatro días despues, el sastre lleva el frá pedido.
—¿Cuánto le debo á V., maestro?
—Noventa duros, 1,800 rs. por los tres fraques...
—¡A treinta duros!...
—Es su precio... Tambien ha tenido V. tres buenas prendas.

Don Eduardo da un vistazo al frá y reconoce debajo de la solapa un boton que no es igual á los demás, que su patrona se lo cosió el día que se cayó el primitivo.
—Maestro, maestro, es la tercera vez que me trae V. el mismo frá.
—¿Cómo?... Cuidado con lo que dice V., don Eduardo, que tambien los sastres tenemos nuestro amor propio.
—Tengo pruebas, si, señor.
—Pues si tiene V. pruebas, no lo negaré. Es verdad, este frá es el mismo, pero se lo traigo á V. otra vez por servirle bien.
—¿Cómo?...
—Sí, señor, le está á V. tan bien, que estoy seguro de que uno nuevo que se le hubiera hecho no le estaria mejor.
—Ahora ya no le volverá V. á ver. El tal fraquecito me cuesta noventa duros; si no me dura tanto como tres fraques, he hecho un negocio completo.

CUADROS DE COSTUMBRES.

LOS CURSIS.

(Continuacion.)

VI.

UN ENCUENTRO CASUAL.

Un día que, para hablar de asuntos de bastante interés para mí, fui á casa de un amigo mio, hombre de elevada posicion, le hallé en su despacho con otro caballero como de unos cincuenta años de edad, pretenciosamente vestido, afectando modales extranjerós, y que parecia tratarle con bastante confianza.

—La casualidad nos favorece, exclamó aquel al entrar yo, hasta el punto de que tengamos el gusto de ver á V. por aquí, precisamente cuando este caballero y yo nos disponiamos á ir á buscarle.
—Otro tanto me favorece á mí, le contesté, trayéndome á ponerme á la disposicion de VV.

—El señor don Celestino Esfuel, rico capitalista establecido en Madrid, que tengo el honor de presentar á V., continuó mi amigo, piensa solicitar autorizacion para formar una sociedad constructora de edificios, que ha de levantar justamente sobre una gran parte de los terrenos que á corta distancia de esta córte son propiedad de V.; y como de su aquiescencia en venderlos depende por completo la realizacion de sus pensamientos y el éxito ventajoso que es consiguiente, ha venido á suplicarme sirva de intermediario con V. en este asunto, y he aquí el motivo de celebrar tanto su oportuna llegada.
—Yo tendré un singular placer, repuse, en poder complacer á VV.; y si este caballero tiene la bondad de desenvolver su proposicion con referencia á lo que á mí toca, creo que podré acceder á sus deseos, por mediar una persona tan apreciable para mí como es la que me lo recomienda.

—En este momento, contestó el señor de Esfuel, no me es posible hacer á V. todas las proposiciones que tengo imaginadas, porque estoy bastante de prisa; pero valiéndome de la amabilidad con que se sirve acoger mi intento, tendré el gusto de pasar por su casa el día que V. me señale.
Conviniémos, pues, los tres en que ellos eligirian el día que mejor les pareciese, por serme á mí todos iguales; y cambiando la conversacion, tuvo ocasion el señor don Celestino de hablar bastante de sus largos viajes y de su afición á las costumbres de la Gran Bretaña, porque habiendo sido, decia, cónsul en varias repúblicas de América y habitado mucho tiempo en las colonias inglesas, se habia acostumbrado en tales términos al *Comfort*, que las mezquindades de España le repugnaban.

—¿Es V. español? le pregunté.
—Sí, señor, me contestó; pero soy de familia alemana, como habrá V. podido observar por mi apellido.
Acto continuo, y viendo que me disponia á hablar con mi amigo del negocio que me llevaba á su casa, el señor de Esfuel se levantó, y alargándome la mano, me dijo antes de marcharse:
—La amistad que á V. une con nuestro amigo, y la bondad con que ha acogido mi proyecto, me obligan á considerarle como á uno de los más íntimos míos, y por lo tanto, sin perjuicio de que le pasaré la oportuna invitacion, le ruego que desde luego me dispense la honra

de asistir el jueves por la noche á la pequeña *soirée* que doy en mi casa en tales dias de la semana.—Es de confianza, *one little invitation familys tea*, como dicen los ingleses.

Desde el primer momento habianme chocado sobremano los modales muy exagerados de aquel hombre; asies que, no solo por esto, sino por lo referente al asunto que me proponia, apenas se hubo marchado y concluido yo de indicar á mi amigo lo que deseaba decirle, me apresuré á instarle para que me diese cuantas noticias supiese relativas al señor de Esfuel.

—Es un pobre hombre enfatuado con su dinero, me respondió aquel.—Lo único que podré decir á V. de él, es que habiendo empezado su carrera por la de las armas, fué á América á continuar sus servicios despues de haberse casado con la hija de un carretero en un pueblito de la provincia de Soria, según he sabido por un criado que tuve en casa, el cual parece le habia conocido en Ultramar sirviendo en su mismo regimiento, y que á pesar del tiempo trascurrido, le reconoció perfectamente el primer día que le vió venir á mi casa.

La mujer fué lavandera del regimiento, y despues puso una gran cantina; por manera que, hallándose su marido y ella con algunos ahorros cuando este terminó el tiempo de su empeño, se fueron á Méjico, donde obtuvo él una plaza de capataz de un ingenio, aguzando de tal modo el suyo, que hay quien asegura haber vuelto á verle á los pocos años y distintas veces en la isla de Cuba en compañía del capitán de un buque negro.

Sea ó no cierto todo esto, lo es no obstante que hacia unos cuatro años vino á España con una fortuna bastante respetable, fundó aquí una casa de préstamos en grande escala sobre fincas y papel del Estado; sopló el viento favorablemente, y al poco tiempo cedió su industria á otra persona; estableció su actual casa principal en compañía de otras de Buenos Aires, del Perú y de la Habana, volviéndose á Méjico, donde continuaba su señora, arregló allí sus asuntos, dió la vuelta por París para traerse á su hija, que estaba en un colegio, y ahora le tenemos aquí definitiva y sólidamente establecido.

Su señora, doña Rosa Encinares y Bellotas, es una buena mujer que no ha perdido aun el pelo de la dehesa, si bien está tan henchida de su posicion, que siempre habla con menosprecio de los que no son ricos como ella, y su hija, pobre muchacha entontecida con su fortuna, tiene la manía de imitar en todo á cierta princesa alemana que dicen conoció en París.

—Esto es, añadió mi amigo, cuanto puedo decir á V. acerca de los antecedentes de ese señor, que la casualidad ha hecho lleguen hasta mis oídos.—Por lo demás, vive con sumo lujo y ostentacion, gozando gran crédito para todos sus negocios y sin que se le conozca otro defecto que el de querer á toda costa oscurecer el brillo del sinnúmero de personas notables que, por más que le critiquen, anhelan y hacen cuanto pueden por ser invitadas á sus fiestas y saraos.

El relato que acababa de escuchar despertó en mí una viva sospecha de si nuestro don Celestino sería acaso el hijo de la desdichada anciana que tiempo atrás me habia pedido limosna en la Plaza de Oriente; pero mi amigo no pudo decirme si el opulento capitalista Esfuel se habia llamado en su infancia Celedonio, ni si tenia otro hermano que uno que me aseguró le habia dicho aquel habia muerto en Dinamarca siendo secretario de nuestro embajador en Copenhague.

Despedime del conde de... que este era el título de mi amigo, y sali de su casa resuelto á preguntar á la madre del encuadernador si su difunto marido era alemán, así como si su aparecido hijo habia cambiado de nombre, decidiéndome desde luego á aceptar la invitacion al té, y aun acceder á los demás planes del señor de Esfuel, para depurar la verdad de mis dudas y hacer en tal caso en favor de aquella desgraciada familia cuanto de mí dependiera.

VII.

EN CASA DE DON CELESTINO.

Varios dias habia acudido á mi domicilio la pobre de la Plaza de Oriente, en ocasion siempre en que, hallándome yo ocupado ó ausente, habia percibido la limosna que la tenia asignada desde la noche de su encuentro, sin que hubiéramos podido por lo tanto reanudar el hilo de su historia; más apenas estuve de vuelta de casa de mi amigo, mandé á un criado mio á la de aquella infeliz con una cartita para su hijo, preguntándole si su padre habia sido extranjero, y si su hermano habia cambiado de nombre, encargándole no dijera nada á su madre de todo ello, y dando yo orden para que hasta nuevo aviso, siempre que viniesen á verme Eugenio ó la anciana, les diesen cuantos socorros demandasen, pero diciéndoles que yo no me hallaba en casa.

Al poco rato volvió el criado con la contestacion del encuadernador, en la cual me manifestaba que su difunto padre habia sido suizo, que se habia llamado Pedro Sueffel, y que efectivamente su hermano Celedonio, según le habia referido un compañero suyo de armas allá en América, amigo de ellos cuando su infancia, y que despues habia servido en Madrid en casa del conde de... habia tomado el nombre de Celestino Esfuel, adulterando el apellido.—Que el referido amigo de ambos habia sido quien, encontrando á su madre en la calle, la dió la noticia de la llegada á Madrid de su hijo Celedonio, y que, cuando él habia ido á verle á su casa, preguntó por su supuesto nombre.

Ninguna duda me quedaba ya de cuanto necesitaba saber para combinar un plan, y al efecto volví presuroso aquella misma noche á casa del conde, á quien instruí de todo; y contando con sus nobles sentimientos, de los que tenia sobradas pruebas, concertamos unánimemente asistir á la noche siguiente al té del señor de Esfuel y entablar allí nuestras gestiones en favor de su infeliz familia, antes de que, sospechando él por cualquier causa imprevista que nosotros supiéramos la existencia de aquella, tomase sus precauciones y nos fuese más difícil apoderarnos de él por sorpresa.

A las diez de la mañana del jueves, llegó á mis manos la siguiente invitacion:
«El jefe principal de la casa Esfuel y compañía en

España y América, B. L. M. al rico propietario don Inocencio Bienvenaga y le suplica tenga la bondad de honrar con su presencia *the evening party* que ha de tener lugar en su casa en la noche de este día, aprovechando esta ocasión para tener el honor de ofrecerle su respetuosa consideración y afecto.—Celestino Esfuel.»

El contenido de este billete estaba en perfecta armonía con los ribetes grotescos que adornaban á la personalidad que le remitía.

A la hora convenida llegó á mi casa el conde de... y ambos nos dirigimos en su carruaje á casa de don Celestino.

La prolongada fila de coches que hallamos á la puerta de la calle me hizo comprender la numerosa y brillante concurrencia que allí habría: cruzamos el zaguan, la escalera y antesala profusamente iluminadas, y dos criados negros, vestidos con libreas verdes galoneadas de plata, acudieron á recoger nuestros abrigos, presentando ante nuestros ojos otro cuadro que hacia juego con las esquelas de convite.

La impresión que semejantes figuras producian, desaparecía algun tanto al penetrar en los salones, provisto almacén de objetos de gran valor, en los que competía el lujo con el mal gusto, si bien esto último se hallaba en aquel momento compensado con el sinnúmero de mujeres notablemente hermosas y de hombres notables á cual más feos que ocupaban la estancia.

Así que don Celestino nos divisó, corrió presuroso hacia nosotros, exclamando: *Good night Sir, how do you do?* y sin detenerse nos condujo á donde estaba su señora y su hija para presentarnos á ellas.

Hallábanse, esta de pie, y aquella sentada en un gabinete amueblado por igual sistema que los salones, vestidas con lujosos trajes de recepción y rodeadas de otras damas elegantes, cuyos finos modales contrastaban con el aire embarazoso y torpe de la señora doña Rosa, si bien el perfil esbelto y el ademán afrancesado de Alfonsina; su hija, no desdecían por cierto de aquellos.

—Tengo el honor de presentaros, *Milady*, dijo don Celestino á su mujer, á nuestro amigo el señor conde de... y por primera vez al distinguido señor don Inocencio de Bienvenaga, caballero gran cruz y uno de los más ricos propietarios de España.

—¡Ah!... sí... sí... ¡ah!... El señor es... Muy señor mio, contestó doña Rosa.

La niña por su parte, siguiendo la moda en uso, me miró de alto á bajo con aire impertinente ó hizo una mueca de las que ahora se estilan para significar que se quiere saludar, ó morder, que uno y otro pudiera creerse, puesto que se reduce tan solo á enseñar los dientes.

Verificada tan solemne ceremonia, don Celestino, que deseaba que el conde me dispusiese en favor de su pretension lo más pronto posible, se lo llevó dándole el brazo hacia otro gabinete apartado; y mi amigo, que no deseaba sino hallar ocasion en que estando solos los tres pudiésemos entablar los preliminares de la verdadera cuestion que nos llevaba á aquel sitio, accedió gustoso á la demanda de don Celestino, segun comprendí al poco rato.

Entretanto, habiéndome quedado al lado de doña Rosa, fué preciso oyesse la conversacion de aquellas señoras interrumpida por nuestra llegada.

—Es cierto que te casas, Alfonsina? preguntó una de las damas circunstantes.

—¿Quién, esta? dijo la señora de Esfuel señalando á su hija: así dicen; pues como no conocemos al novio más que por escrito y porque es sobrino de un amigo de mi Celestino, hombre muy rico, *diritor* de una porcion de *frábricas* que tiene *todas suyas*, no sabemos aun.—Pero si las cualidades del *chico* son como su fisico, yo por mi parte no tengo *incomeniente*, porque segun su retrato es todo un buen mozo.

—¿Y dónde está ese tio y ese novio? continuó la interlocutora.

—¡Ah!... respondió doña Rosa, en esa tierra... ¿cómo se llama? de donde traen la miel.

—En Cuenca, dijo Alfonsina.

—¡Yá! replicó con refinada burla la dama; un novio *nuccero*.

—Nó, señora, exclamó picada doña Rosa; un novio muy rico y muy noble, porque si no lo fuera lo uno y lo otro, ni le aceptaríamos, ni le consentiríamos que empañase el brillo de nuestra sangre.

—¿Y tú qué piensas de él, Alfonsina? preguntó otra señora.

—Yo, respondió friamente la interpelada, no pienso nada: hay muy pocos hombres en España que reunan la profundidad de conocimientos necesarios para que su conversacion y su trato me interesen. Ignoro si el de Cuenca los tendrá; pero como quizá no sea así, ni me ocupo de él siquiera.

—Esta es una simple: ¡vea V., un hombre noble, rico y buena figura!... ¡no le parece á V., caballero, que con esto hay bastante para hacer feliz á su esposa? dijo doña Rosa dirigiéndome la palabra.

—Sí, mamá; pero no es príncipe, y mi sueño es ser princesa y vivir en Alemania, y no en la Alcarria.

—Señora, contesté, ya que V. me honra tanto que me pide mi parecer, acaso me atreva á exponer, que para la futura felicidad de un matrimonio debe contarse más que nada, con la educacion y el carácter de los novios, porque como mientras el corto tiempo que lo son, estan difícil conocer estas cualidades, surgen despues inconvenientes que para subsanarlos no bastan ni la belleza, ni la alcurnia, ni las riquezas.

—Y entre personas plebeyas, feas y pobres, preguntaron á la vez todas las señoras, ¿no surgen jamás inconvenientes?

—Si su educacion es imperfecta ó nula, y por lo tanto su carácter está viciado y sin freno, tampoco se librarán de ellos, les contesté.

El novio, como todo el que pretende, se doblega y amolda á cuantos sacrificios le impone su situacion con tal de conseguir su deseo, ejercitando su ingenio hasta hallar ideas, palabras y acciones que él mismo ignoraba pudieran ocurrírsele. Hombres hay que saben tenerse muy bien de pié derecho, marchar con desembarazo, saludar con elegancia, decir galantherias con finura, prodigar

oportunos cumplidos; ser divertidos, amenos en su trato, corteses en el decir, esmerados en su persona y vestidos, y que al encontrarse en el caso de tomarse la menor molestia ó el menor sacrificio; al verse precisados á ser discretos, prudentes, generosos y desprendidos por solo cuestion de educacion, sin que en ello se interese su vanidad, los vemos convertirse en el acto en toscos montaraces dispuestos únicamente á imponer á los demás su brutal egoismo.

Aun en público suelen moderar sus instintos por el qué dirán; pero cuando están en su casa y mandan en absoluto, de galanes perfilados, obsequiosos, amables y rendidos pasan de un golpe á ser cardos silvestres, cuya flor sin aroma presenta solo una superficie cuajada de espinas.

—Pues para coger esa flor, no hay más que ponerse un buen guante, y ninguno mejor que el dinero, contestó doña Rosa, en medio de una señal general de aprobacion de todos los circunstantes.

La llegada del conde y de don Celestino me evitaron la consecuencia de la derrota que acababa de sufrir; y como ambos me instasen para que mientras cantaban y servian el té fuésemos los tres á tomarlo en un gabinete reservado, hice una profunda reverencia á aquella señora y seguí al dueño de la casa.

(Se continuará.)

LAS PERAS DEL OLMO (1).

JOTA PUNTEADA.

ESTRIBILLO.

*El que pide al olmo peras
¡vive Dios! que no se engaña:
el olmo da peras, padre,
p. ro son peras amargas.*

Nácele á don Cosme un hijo,
gruñe el chico, llora y mama;
á los estudios le aplican
y el chico no estudia nada.

Crece el zagalon, y juega,
bebe, muchachea y gasta,
y entre calaveras vive
sirviendo de calabaza.

Desesperase don Cosme
y de sujetarle trata,
pero el mozo desbocado
solo medra en la vagancia.

La parentela se junta,
discute, medita y charla,
mientras el padre, mohino,
las cuentas del mozo paga.

Por fin, decide el consejo,
viendo del padre la rabia,
que es *pedir al olmo peras*
hacer estudiar al maua.

—¿Pues qué he de hacer del muchacho?
—Emplearle; es cosa clara,
que para hacer nada ó poco
no es preciso romper cátedras.

Toma el mozo su empleillo,
agencia, sisa y araña,
y aunque disminuye el cargo
se va aumentando la data....

Y don Cosme, viendo al mozo
como la espuma en el agua,
lleno de júbilo, dice:
—«¡Quién creyera! ¡quién pensara!»

*El que pide al olmo peras
¡vive Dios! que no se engaña:
el olmo da peras, padre,
pero son peras amargas.*

Tiene el duque del Mosquito
un primogénito grave,
que duerme como un lirón
y engulle mejor que un fraile.

La raza de los mosquitos
aconseja que su padre
haga porque el primogénito
honre los timbres ducales.

Buscan colegio á propósito
de ciencias y humanidades,
donde el *gran tono* se mezcla
con letras y bellas artes.

El duque en ciernes se engríe,
y con orgulloso alarde,
lo que olvida de moral
aprende de esgrima y baile.

Los mosquitos, sus parientes,
dicea que estudió bastante,
y el *niño* con tres lacayos
emprende largos viajes....

Pero el vulgo malicioso
jura que todo es en balde....
que es *pedir peras al olmo*
enseñar al que no sabe....

Muere el duque, el niño toma
el gobierno de sus lares....
y es el palacio ducal
fuente de libertinaje.

Lloran vírgenes caidas
la seducción del magnate....
y el pueblo atónito exclama:
—«¡Qué mudanza tan notable!»

El que pide al olmo peras

(1) Esta composicion, siempre oportuna, pertenece á nuestro amigo don Nicanor de Regoyos, que murió en Cáceres hace años.

bien comprende lo que hace;
aunque son peras amargas,
el olmo da peras, padre.

Asoma en una provincia,
cierto zascandil las barbas,
con lengua, pero sin númen,
poco tallo y mucha cascara.

Busca un público de tontos,
hace del café una cátedra,
y gesticulando mucho
calamo corriente charla.

Los necios le dan valia,
le aplauden los papanátas,
pues para aplaudir simplezas
le sobran al vulgo palmas.

Mas como dice un proverbio:
—«Nadie es profeta en su patria.»
Los que al *tribunol* concocen
le silban por las espaldas.

Hay *eleccion*: el tribunol
atrevido sale á plaza,
y reparte sobre el pueblo
el necesario programa.

Entonces los electores
de limpia razon exclaman:
—«Es *pedir peras al olmo*
hacer un hombre á ese mándria.»

Pero de las urnas sale
elegido el *mogiganga*,
y se sienta en el Congreso,
y vota bien, aunque calla.

Hay crisis: se buscan hombres
que puedan salvar la patria,
hacen ministro al tribuno....
y el pueblo grita: ¡*caramba!*

Y llueven contribuciones,
y el *nene* va haciendo casas....
y los que dudaron dicen....
—¡Sacó del zaque las patas!

*El que pide al olmo peras
¡vive Dios! que no se engaña:
el olmo da peras, padre,
pero son peras amargas.*

Probado está, bien probado,
y es inútil que me canse
en demostrar ¡oh lectores!
que el hábito no hace al fraile.

Diabluras hay encubiertas
que cobran fuerza más tarde,
como lo indica un refrán:
—«¡Del agua mansa libradme!»

Y si para el bien hay pocos,
muchos hay para los males....
—Todo *enano* en la virtud
es en el vicio *gigante!*

—Por eso con esta jota
distraigo mis soledades....
—Aunque son peras amargas
el olmo da peras, padre,
y quien pide al olmo peras
bien comprende lo que hace.

CASCABELES.

La fábrica de papel que, bajo la razon social *Botella y compañía*, funcionaba en Alcoy, dicen que se ha traspasado á esta córte en competencia con todas las papelerías nacionales y extranjeras. En esta fábrica, establecida ya en el punto más céntrico de Madrid, se hace toda clase de papeles, desde el superfino de cartas, ó sea papel-ministro, hasta el más inferior, ó sea papel de estraza.

Deseamos buena suerte á esta fábrica, y es de esperar la haga andando *Los Tiempos*.

Dice el señor Sanchez Silva que el partido moderado tiene siete pecados capitales. S. S. no sabe ya sumar tampoco, y perdónenos S. S. este *ragionar di lor*. Siete pecados no más los tiene cualquier partido. Ni el mismo señor general Narvaez, presidente del Consejo, amen del partido pecador, se conformó con esta cuenta de *peccata minuta*, y hubo de gritarle en secreto al señor Silva, diciéndole que estaba muy mal informado. Y efectivamente, en el más pequeño pliegue de la conciencia, ó lo que sea el foro interno del partido pseudo-moderado, cuenta EL CASCABEL *ciento treinta mil....* pecados capitales.

Hemos recibido dos entregas de la obra que, con el titulo de *Ayer y hoy de Valladolid*, ó sea *Historia general de Castilla la Vieja*, ha comenzado á publicar en aquella ciudad don José María Aguilar y Sanchez.

Es obra muy curiosa, escrita con gran conocimiento de la historia y lujosamente impresa.

Dice un periódico que se decía que el cadáver de un obrero muerto en los últimos sucesos, parecia ser el de uno que *vive* en la plaza de la Cebada.

Gran extrañeza habrá causado á este sugeto, que *vive* en la Plaza de la Cebada, saber que su cadáver se hallaba en otro sitio.

Quizás hoy se resienta un poco EL CASCABEL del estado de alarma, tristeza é inquietud en que nos hallamos.

Dios haga que hayamos podido recobrar la calma para el número próximo.

El buen humor no lo recobramos mientras no podamos olvidar las sensibles desgracias ocurridas en la calle de Sevilla y otras.

El Gobierno intenta enviar á Rusia una comision facultativa para que estudie los caracteres de la peste siberiana. Si fuera la española la peste que habia de estudiar, podríamos ahorrar á la comision un estudio que tiene ya hecho EL CASCABEL. Los caracteres de nuestra peste, más invasora y maligna aun que aquella, son nueve.

Logogrifo.

Me viste hace pocas noches alarmar al vecindario, que no tiene muchas ganas de bromas y linternazos. Si quieres saber quien soy, puedes irlo averiguando por las cosas que en mi tengo, que te las diré de paso: lo que en los buques se encuentra y es á fé muy necesario; lo que tiene el que te pega en la canilla un cantazo; un hermano de tu padre; lo que se lleva en la mano y usan mucho las mujeres; un caballero muy alto, que fué mil veces ministro y á serlo volverá acaso; lo que tengo yo en mi casa, que es tuyo por de contado; una nota de la música, y lo que en la nota hallo.

Los periódicos se asombran de lo del grillete y el bozal para los liberales, que se ha atrevido á escribir el Pensamiento español.

Nosotros no nos asombramos de eso.—Tambien en el Guirigay se pedia la horca para los ministros.

Lo que debiamos todos era no hacer caso de periódicos tan intransigentes y chavacanos, y que, blasonando de religiosos, olvidan que Dios dijo: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.»

Con razon hemos dicho que aqui ya no hay más que exajeraciones.

La verdad es que nos divertimos, y que entre neos, polacos, demócratas, progresistas y moderados, estamos como tres en un zapato.

¡Tapa! ¡Tapa!...

Solucion del geroglífico del número anterior.

Hagamos de las tripas corazon, y vámonos á Loja, don Ramon.

En el Circo se va á presentar un espectáculo que se llama *La resurreccion de los muertos*.

No faltarán los concurrentes á las casas de juego á ver si resucitan los que les habrán levantado alguna vez.

¡Veremos tambien *El Guirigay*, y *La Postdata*, y *El Ladrigo*, y otros periodiquitos edificantes?

Los conocidos editores Manini hermanos, han comenzado á publicar una novela del señor Fernandez y Gonzalez, titulada *Los Desheredados*, impresa con extraordinario lujo y que se recomienda por su mérito literario y por su baratura. Cuesta medio real cada entrega de 8 páginas.

Charadita.

Nunca diré la primera, que fuera gran presuncion; jamás dare la segunda, porque no sé cantar yo; pero la tercera y la cuarta me la como como hay Dios, porque es una cosa rica, una cosa de mi flor; más la primera y la cuarta á comer no me des, nó, porque alguno por comerla ha muerto de un reventon. Prima y tercera es el agua que verá el emperador más fácilmente que tú, más fácilmente que yo; y lo que es el todo, amigo, ni me lo dan ni lo doy, que expone á muchos peligros, amen de una desazon.

En la calle de Peligros, esquina á la de Jardines, se ha abierto la nueva *Ponda y pasteleria de Jovellanos*, que recomendamos al público en general, y á los políticos que, previo el permiso de la autoridad, y para mostrar su union y concordia, quieran almorzar bien, que es lo que importa.

Esmero, aseó y equidad, además de un servicio esmeradísimo, hallará el público en el establecimiento que le recomendamos.

El conocido editor Guijarro acaba de publicar *El libro de María, cuadros de la vida de la Virgen*, escritos por don Eduardo Bustillo.

Recomendamos á las familias este bonito libro, escrito con notable acierto, y que se recomienda por la belle-

za del estilo y el sentimiento puramente religioso que resplandee en sus páginas.

Tenemos que dejar para el número próximo la continuacion de *Las Tiendas*.

Solucion de la charadita del número anterior.

En todas partes á todos les gusta mucho la *sopa*, pero la *sopa* que priva en esta tierra, es la *boba*.

La Señora de siempre.

Próximo á terminar el estudio de costumbres titulado *Los cursis*, preparamos curiosos y festivos artículos que han de agradar á nuestros favorecedores.

¿Con que aquello de que se iban á suprimir los coches que, á costa del país, usan los ministros, subsecretarios, directores y otros personajes felices, ha sido pura broma?...

En nombre del país, al que se le piden anticipos, y se le cobran enormes contribuciones, pedimos, por decoro de los mismos favorecidos con esa ganguita del coche, que se supriman desde luego y para siempre esos gastos.

El ministro, el director, el alto funcionario que quiera ir en coche, que lo pague de su bolsillo.

Estas y otras reformas debian hacer los Gobiernos espontáneamente, y sin excitaciones de nadie, para adquirir prestigio y popularidad.

Solucion del logogrifo del número anterior.

¡Ay! señor Gonzalez Bravo, *Los Tiempos* estoy leyendo, doliéndome de que pronto van á pasar esos *Tiempos*.

La Señora de siempre.

EL CASCABEL no puede aplaudir ni comprender que el Gobierno haya separado de su cargo al que era dignísimo rector de la Universidad, señor Montalban, así como tampoco, aunque fuera demócrata EL CASCABEL, podria aplaudir ni comprender que un catedrático de la Universidad, á sueldo de un gobierno monárquico y representativo, escriba artículos democráticos y de tal género, que dan lugar á que se le procese por ellos.

El señor marqués de Miraflores ha publicado su *Vida política*.

EL CASCABEL, que no es amigo de averiguar vidas ajenas, no leerá la del señor marqués, que supone será muy buena, cuando él mismo la da á la estampa.

ANÉCDOTAS.

Un cura de la Baja Bretaña, despues de explicar el Evangelio á sus feligreses el domingo de Ramos, les dijo: Os prevengo, hijos míos, que para evitar confusion en esta santa semana, os confesaré por el orden siguiente: el lunes, los avaros; el martes, los maldicientes; el miércoles, los borrachos; el jueves, los ladrones; el viernes, los libertinos, y el sábado las mujeres de mala vida. Como era consiguiente, ningun pecador, ni ménos pecadora, fué á confesarse con su merced, saliendo así exactamente lo mismísimo que se propuso.

Presentáronle un día á Napoleon el Grande las insignias de la orden de la Corona de Westfalia, recientemente fundada por su hermano Gerónimo, rey de aquel país. Al ver en el simbolismo el *leon de Cassel* y el *caballo de Brunsvich* y otros animales más:—¡Cuántos cuadrúpedos, exclamó Napoleon, tiene la orden de mi hermano!

Un colegial pidió prestado un libro á uno de sus colegas, el cual le contestó que ningun libro suyo salia de su aposento, pero que le autorizaba para ir á estudiar en él toda la noche, si queria. El escolar necesitado tuvo que pasar por la descortesia del compañero, y fué á su habitacion á consultar el libro que le negara. A las pocas noches tuvo necesidad de encender lumbre el displicente colega, y hallando roto su fuelle, mandó á pedir prestado el de su resentido compañero. — Dile, respondió al criado, que lo que es mi fuelle no sale de mi aposento, pero que le autorizo para venir á soplar aquí toda la noche, si quiere.

Habiéndose presentado á órdenes un clérigo algo duro de mollera, respondió como Dios quiso á las primeras preguntas que piadosamente le hiciera su prelado. Pero dándole luego á traducir un trozo latino en que habia estas palabras: *Passus sub Pontio Pilato*, el ordenando tradujo sin escrúpulo: *Pasó sobre el puente de Pilatos*.

—¡Jesús! exclamó el obispo llevándose una mano á la cabeza.

—Pasó bajo el puente de Pilatos, dijo rectificando el traductor.

—¡Vade retro! añadió S. I. llevándose á la cabeza las dos manos.

—Illmo. señor, replicó el ordenando ya desconcertado, si no pasó por encima ni por debajo, no sé por dónde podría pasar el puente.

NECROLOGÍA.

El lunes último cumplimos con el triste deber de acompañar á la última morada el cadáver de don José Torres Garcia Luna, eminente actor, último resto de los tiempos de Latorre, Caprara, Cubas, Antera Baus, Concepcion Rodriguez, y Guzman. El señor Garcia Luna era maestro del Conservatorio, y casi todos nuestros actores de algun mérito han sido discípulos suyos.

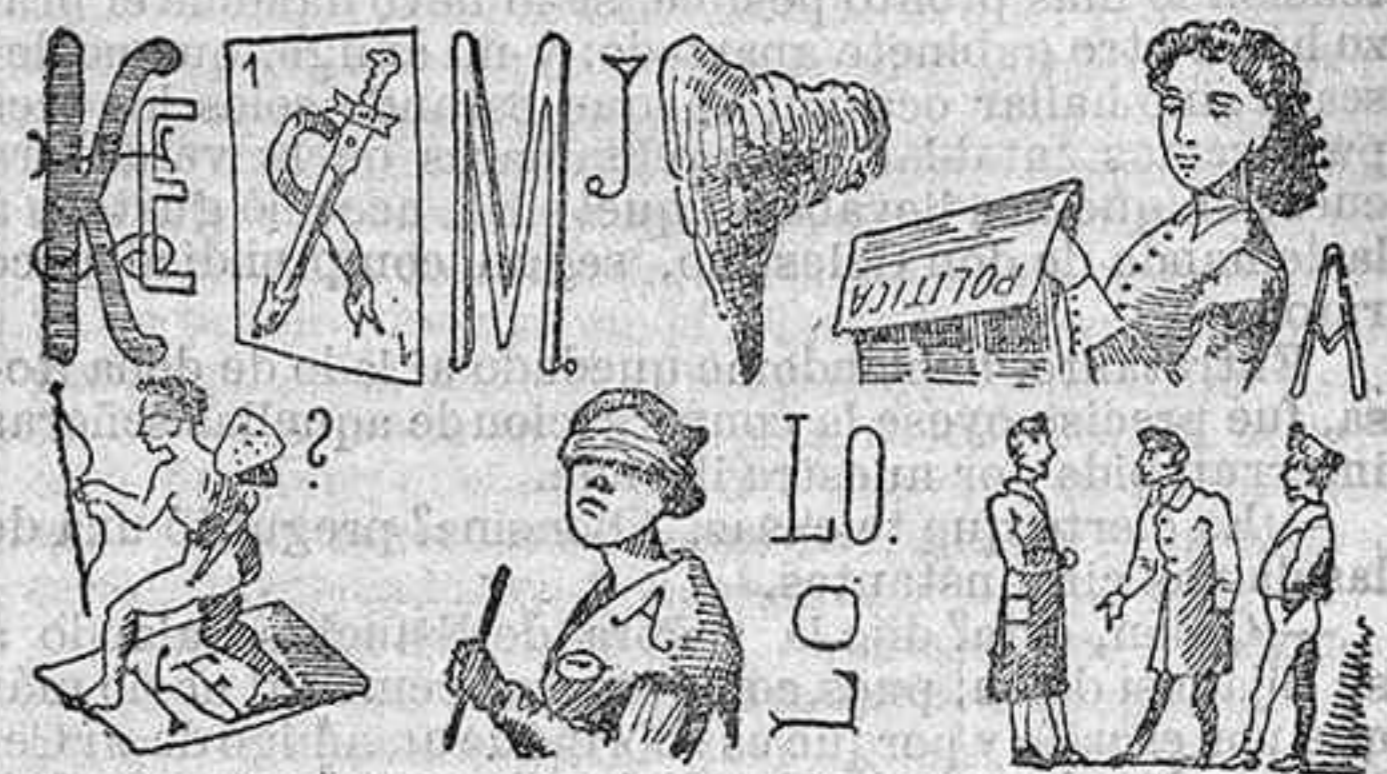
La empresa del teatro del Principe, sin escitacion de nadie, y para rendir un tributo de cariñoso respeto al gran intérprete de *El arte de conspirar*, enlutó la fachada del coliseo, en cuyos balcones vimos á las actrices más notables arrojar coronas sobre el féretro, que estuvo detenido algunos momentos en aquel sitio.

El distinguido actor del mismo teatro, don Mariano Fernandez, improvisó una tierna poesia, dedicada al que fué su amigo y maestro, que hubiéramos publicado con sumo gusto, si el autor nos la hubiese remitido á tiempo.

REFRANES.

No hay seis mil duros de sueldo feos. Menos malo es el muy malo que el mal ministro. Mucha amenaza no es fuerza. No es mal Gobierno el que hace poco, sino el que hace mucho malo. Ministro moderado, del buen Gobierno huye. La cartera no forma el ministro. Personaje moderado, antes muerto que no empleado. El querer ser politico cuesta más que criar dos hijos. Es menester ser progresista con sobriedad. El cofre del ministro tiene horror al vacio. La union y la fé, en los banquetes se ve... (entre progresistas y demócratas). Cuantos más ministros, ménos ganancia. Dime dónde comes, te diré si eres progresista.

Geroglífico.



ADVERTENCIA.

El jueves próximo se publicará el número 95 de EL CASCABEL.

ANUNCIOS.

Una señora anciana, viuda de un Teniente, é imposibilitada de la vista, implora la caridad de las personas que quieran socorrerla.—Plaza del Progreso, núm. 20, guardilla de la derecha.

AGENCIA UNIVERSAL.

Almacén de frutos coloniales y del país. Antiguo almacén de harinas, calle de Relatores, núm. 3.

Recordamos á nuestros numerosos amigos el traslado de nuestro establecimiento, que estaba antes en el número 24 de la misma calle. En el nuevo local, que es vastísimo, hallarán siempre toda clase de comestibles, que seguimos expendiendo con la misma equidad notable. Relatores, núm. 3, Almacén.

¡¡¡Á CINCO REALES!!!

Se siguen comprando los sellos inutilizados ó nó, de correo interior de Madrid, y algunos certificados de 1850 á 1854. Calle del Gato, esquina á la de la Cruz, librería.

Por lo contenido en este número,

F. Perezagua.

Editor responsable, *D. Diego Mendez.*

MADRID: 1865.—Imprenta de **El Cascabel**,

Á CARGO DE M. BERNARDINO,

calle de los Caños, número 4, bajo.